

Revista de Indias, 2003, vol. LXIII, núm. 228
Págs. 441-458, ISSN: 0034-8341

VISIONES ENCONTRADAS EN LA CELEBRACIÓN DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA A FINALES DEL SIGLO XIX

POR

AIMER GRANADOS GARCÍA

Universidad Autónoma Metropolitana-X

Este artículo analiza las visiones encontradas que algunos sectores populares en la Ciudad de México, así como una parte de la colonia española, tuvieron en el marco de la celebración anual de la independencia durante la última década del siglo XIX. Desde la perspectiva de las «etnicidades en conflicto», el trabajo analiza la hispanofobia e indofobia expresada por dichos actores sociales. El estudio tiene como fuente documental las crónicas que sobre la celebración anual de la independencia hacían los periódicos de la ciudad de México.

PALABRAS CLAVES: *Etnicidad, hispanofobia, indofobia, comerciante, pueblo.*

INTRODUCCIÓN

En la historia de los trasvases de población, siempre y en cualquier país receptor, se han presentado encuentros y desencuentros entre culturas. Unos y otros toman expresión en xenofobias y xenofilias o en etnofobias y etnofilias. Estos temas han sido importantes en la historia de los países latinoamericanos y, en general, de aquellos que han recibido población inmigrante. El tema en estudio también destaca en nuestras sociedades actuales en la medida que las etnofilias y las etnofobias, quizás mucho más estas últimas, permean muchos de los conflictos de nuestro inicio de siglo.

El tema de los encuentros y desencuentros entre poblaciones tiene que ver con «los acercamientos y rechazos; con el descubrimiento y la indiferencia por el otro; con las xenofobias y xenofilias infundadas, las etnicidades enfrentadas o integradas, los estereotipos e imaginarios denigrantes o exaltadores de etnias y

nacionalidades»¹. Es un tema complejo, de gran actualidad y que, para el caso de México, al menos desde una perspectiva histórica es muy conocido pero poco estudiado, tal vez esto se deba a que es un tema que en buena medida no se explica por sus manifestaciones visibles, sino sobre todo por elementos intangibles, que atañen al mundo de la subjetividad².

Un tema central en el estudio de poblaciones que entran en contacto son las etnicidades en conflicto. Nos encontramos en presencia de la etnicidad «cuando la identidad de un grupo étnico se configura orgánicamente como expresión de un proyecto social, cultural o político que supone la afirmación de lo propio en clara confrontación con lo alterno». La etnicidad en conflicto «se manifiesta entonces como la expresión y afirmación protagónica de una identidad étnica específica»³. Como lo muestro más adelante, los españoles en México, al igual que lo hacen los grupos compactos de extranjeros en las sociedades en que se insertan, tuvieron una fuerte «afirmación protagónica» de su etnicidad y desempeño en la sociedad mexicana de finales del siglo XIX, como lo demuestra su carácter económico privilegiado⁴.

El trasvase de población española hacia América durante el siglo XIX generó constantemente desencuentros que aluden directamente al problema de las etnicidades en conflicto. Un ejemplo lo proporciona Clara E. Lida al analizar un episodio de violencia colectiva contra extranjeros, la mayoría de ellos de origen español, en una matanza ocurrida en la ciudad argentina de Tandil en 1871. Esta autora señala que en esa sociedad «los rechazos y prejuicios fueron recíprocos y plurales», y que «el pluralismo, la convivencia, la exogamia, la integración, el aprecio mutuo se enfrentaron a la homogeneidad, la desconfianza, el prejuicio, la

¹ Clara E. LIDA, *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI Editores / El Colegio de México, 1997, p. 22.

² No obstante algunos autores han realizado importantes contribuciones al tema, por ejemplo: Moisés GONZÁLEZ NAVARRO, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, México, El Colegio de México, 1994, 3 volúmenes. Romana FALCÓN, *Las rasgaduras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1996, ha estudiado el contexto político y social de las matanzas de españoles a manos de mexicanos en la «tierra caliente» a mediados del siglo antepasado. Por su parte, Leticia GAMBOA OJEDA, «De «indios» y «gachupines». Las fobias en las fábricas textiles de Puebla», *Tiempos de América*, núms. 3-4, Castellón, 1999, pp. 85-98, analiza los conflictos laborales sucedidos entre empleados españoles de confianza y obreros mexicanos, en las fábricas textiles de Puebla durante el porfiriato.

³ Miguel Alberto BARTOLOMÉ, *Gente de costumbre y gente de razón. Las identidades étnicas en México*, México, Siglo XXI Editores / Instituto Nacional Indigenista, 1997, p. 62.

⁴ Sobre el caso español en México como «una inmigración privilegiada», véase Clara E. LIDA, «La inmigración española en México: un modelo cualitativo», Alicia HERNÁNDEZ CHÁVEZ y Manuel MIÑO GRIJALVA, *Cincuenta años de historia en México*, v. 1, México, El Colegio de México, 1993, pp. 201-215. La afirmación étnica del español en México a finales del siglo XIX, por ejemplo, frente al indio, es analizada por Aimer GRANADOS GARCÍA, *Los debates sobre España en México: El hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*, tesis doctoral, El Colegio de México, 2002, capítulo VI.

discriminación, el insularismo, el desprecio recíproco. En síntesis, de estas variadas enumeraciones contrapuestas podemos derivar el complejo entramado en el que se insertó y desarrolló la etnicidad conflictiva de los inmigrantes y los paisanos de las pampas»⁵ y, podríamos agregar aquí, de los inmigrantes españoles y diversos actores sociales en diferentes países latinoamericanos en donde los peninsulares se hicieron presentes en calidad de inmigrantes. A partir de las anteriores consideraciones, en este estudio se analizan algunas de las manifestaciones de los desencuentros que en doble vía hubo entre los españoles en la ciudad de México y la sociedad receptora.

Aclaro que estos desencuentros mutuos, por momentos, podrían dar pie para introducir un análisis desde el conflicto social, en la medida en que hubo coincidencias entre sectores de élites porfirianas y élites españolas en torno a la visión que se tenía del pueblo bajo, con lo cual el conflicto de clase estaba latente. Sin embargo, dado el tipo de fuentes encontradas y los escenarios a los que ellas se refieren, en este ensayo privilegiamos el análisis de las etnicidades en conflicto⁶.

En la historia mexicana las simpatías y antipatías hacia España siempre han estado presentes. Por lo general, estas manifestaciones se presentaban simultáneamente; así, casi siempre, a una expresión de hispanofobia correspondía una de hispanofilia⁷. No obstante, en este artículo se analizan algunas manifestaciones de la hispanofobia, específicamente las que se producían en el marco de la celebración anual de la Independencia de México durante la década de 1890. Pero no es solamente el estudio de la hispanofobia sino que también, en contraste con ella, se discute la fobia que buena parte de la colonia española en la ciudad de México sentía contra algún sector popular.

Aquí cabe señalar que en la historia mexicana la hispanofobia ha sido un fenómeno recurrente que ha aparecido en diferentes momentos, desde la aparente indiferencia y el tibio rechazo, hasta la repulsión y la exacerbación. Las fiestas por la Independencia serían precisamente momentos en que la fobia del mexicano contra el español aflora o se enciende, aunque no a grado de la exacerbación, como sería el caso de las matanzas de gachupines de mediados del siglo XIX, y las vendettas que costaron la vida a varios peninsulares en los años de la Revolución. Otra de las características de la fobia inter-étnica es que no son absolutas ni

⁵ LIDA [1], pp. 155-156.

⁶ GAMBOA OJEDA [2], p. 86, señala que para el período en estudio los enfrentamientos étnicos «no sólo fueron en parte influenciados por la política, sino también se mezclaron y a veces se confundieron con los de clase social». En el estudio de Gamboa Ojeda es más fácil identificar el conflicto social en la medida que los actores sociales que esta autora analiza tienen como escenario la fábrica, son trabajadores contra empleadores. Algo parecido sucede con el estudio de FALCÓN [2], en donde el conflicto social es muy evidente pues su marco de análisis es la hacienda mexicana de mediados del siglo XIX.

⁷ Un análisis de la hispanofilia en México durante el período en estudio se puede leer en GRANADOS GARCÍA [4].

indiscriminadas. Al contrario, son fenómenos sociales de «remitentes» y «destinatarios» muy específicos. Así, las que se manifestaron a fines del siglo antepasado entre españoles y mexicanos no involucraron a la totalidad de unos y otros; sólo a determinados sectores o segmentos de la sociedad: al «pueblo bajo» capitalino y al «comerciante gachupín» al menudeo; sobre todo a la «masa» que acudía a la celebración pública por la Independencia de México, y a la clase de español más criticado por su contacto cotidiano con la «gente del pueblo» y por ejercer una función que esa gente sentía lesiva a sus intereses. Es importante señalar que estos actores no han sido siempre los mismos; que han cambiado con el paso del tiempo, o más bien con el cambio de circunstancias. Si en los inicios de la era colonial probablemente haya sido la figura del «conquistador» la más repudiada por ese pueblo, pocas décadas después pudo haberlo sido el encomendero y más tarde el gran hacendado e industrial (y con más precisión sus correspondientes administradores), pasando por la figura del «tendero» que, como nuestro más adelante, representaba la de varios personajes económicos: el comerciante abarrotero, el prestamista o usurero, el cantinero y algunos otros⁸.

1. LA HISPANOFOBIA CALLEJERA EN LA CELEBRACIÓN ANUAL DE LA INDEPENDENCIA

La estabilización de las relaciones diplomáticas entre España y México durante el porfiriato permitió que se diera un cierto grado de distensión en la forma como la colonia española en México había sentido y percibido la hispanofobia.⁹ En este sentido hay que señalar que habían quedado atrás las expulsiones de españoles del periodo de la postindependencia. Éstas reaparecerían solamente con la revolución de 1910¹⁰. Tampoco estaban ya presentes los altos niveles de violencia y rechazo mutuos entre españoles y mexicanos, así como los asesinatos de españoles por parte de mexicanos en la Tierra Caliente entre 1840 y 1860, estudiados por Romana Falcón¹¹. Sin embargo, para el periodo en estudio, la hispanofobia no desapareció del todo a pesar del clima de acercamiento diplomático establecido entre las dos naciones y de las buenas relaciones que buena parte de la

⁸ Agradezco a Leticia Gamboa Ojeda estas precisiones en torno a la temporalidad, la doble dirección de las fobias inter-étnicas y el cambiante protagonismo de diferentes actores sociales en la historia de la hispanofobia en México.

⁹ Antonia PI-SUÑER LLORENS y Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS, *Una historia de encuentros y desencuentros. México y España durante el siglo XIX*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, p. 201 y ss., han analizado el proceso de normalización de las relaciones diplomáticas hispano-mexicanas durante el período en estudio.

¹⁰ Al respecto véase Carlos ILLADES, *Presencia española en la Revolución Mexicana (1910-1915)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones, Dr. José María Luis Mora, 1991, notas 72 y 73 de la p. 88.

¹¹ FALCÓN [2], véase el capítulo IV.

colonia española en México sostuvo con el régimen porfirista. Por otro lado hay que señalar que sin duda alguna el racismo porfiriano y de la colonia española en la ciudad de México contra ciertos sectores sociales, particularmente el indígena, alimentó el mutuo antagonismo¹².

En el caso de las fiestas de la Independencia mexicana¹³ hubo al menos dos tipos de expresiones hispanofóbicas: la que se producía por medio de la palabra, especialmente en los discursos cívicos y los editoriales de prensa conmemorativos y la que estaba asociada con hechos callejeros y violentos en medio del furor de la fiesta patria. Por razones de espacio, a continuación solamente se expondrá y analizará la última de estas manifestaciones.

En 1897 el embajador de España en México dirigió un documento al Ministro de Estado en la Península, en el que le comentaba las fiestas de la Independencia en este país. Entre otras cosas le decía que todos los años era motivo de preocupación para la Legación la celebración de esta fiesta, «pues es antigua costumbre de este pueblo entregarse a desmanes y hacer manifestaciones antiespañolas». Por su parte, un importante diario españolista de la ciudad de México decía, a propósito de la celebración del día de la Independencia en 1893, que «cada 16 de

¹² Sobre las ideas raciales de los porfirianos véanse los estudios de, T. G. POWELL, «Mexican Intellectuals and the Indian Questions, 1876-1911», *The Hispanic American Historical Review*, Vol. XLVIII, núm. 1, Durham, 1968, pp. 19-36; William D. RAAT, «Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena», *Historia Mexicana*, Vol. XX, núm. 3 (79), México, 1971, pp. 412-427; Moisés GONZÁLEZ NAVARRO, «Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910», *Historia Mexicana*, Vol. XXXVII, núm. 4 (148), México, 1988, pp. 565-583; Alan KNIGHT, «Racism, Revolution, and Indigenismo: México, 1910-1940», Richard GRAHAM, (editor), *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*, Austin, University of Texas Press, 1990, pp. 71-113; Beatriz URÍAS HORCASITAS, *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México, 1871-1921*, México, Universidad Iberoamericana, 2001 y GRANADOS GARCÍA [4]. Una visión racista y despreciativa de los españoles en México contra el indígena, contemporánea al período en estudio, en Francisco G. COSMES, *La dominación española y la patria mexicana*, México, Editorial de El Partido Liberal, 1896.

¹³ Recientemente la historiografía mexicana ha incorporado como objeto de estudio la celebración de la fiesta de la Independencia. Así por ejemplo, Enrique PLASENCIA de la PARRA, *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, aborda diferentes aspectos de la celebración de esta fiesta durante la primera mitad del siglo XIX: sus orígenes, las disputas político-ideológicas en torno a las figuras de Hidalgo e Iturbide, así como la formulación de un cierto nacionalismo presente en la fiesta, entre otros temas. Por su parte, Arnaldo MOYA GUTIÉRREZ, «Los festejos cívicos septembrinos durante el porfirato, 1877-1910», Claudia AGOSTONI y Elisa SPECKMAN (editoras), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX – XX)*, México, UNAM – Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 49-75, analiza esta fiesta durante el porfirato desde una dimensión que incorpora, por una parte, la celebración de la Independencia como «espectáculo moderno» y, por la otra, como una celebración cívica que intentaba incorporar a diferentes sectores populares de la ciudad de México con el fin de crear en ellos una conciencia cívica. Richard WARREN, «The social dimension of politics: rituals, crowds and popular political culture in Mexico city from colony to republic», inédito, 2002, entre otros aspectos, ve en la fiesta un espacio en donde «las multitudes» de la ciudad de México, expresaron algunos aspectos de su «cultura política».

septiembre deja amargos recuerdos a los residentes españoles en México. Hay dos cosas que siempre tiene que hacer el pueblo mexicano: bañarse el día de San Juan y gritar injurias contra España el 16 de septiembre»¹⁴. En realidad, lo que el embajador llamaba «manifestaciones antiespañolas» y el periódico citado, «literatura de gritos y sombrerozcos», muy frecuentemente se convertía en violencia verbal y física contra la colonia española. La xenofobia convertida en hispanofobia era una constante en la celebración anual de la fiesta de Independencia. Al menos así lo dejan ver las crónicas periodísticas que año tras año reseñaban esta efeméride patria. Estos relatos muestran claramente cómo, dónde, quiénes y contra quién se ejercía esta combinación de violencia, xenofobia e hispanofobia. Estas crónicas muestran cuáles actos de violencia estaban dirigidos especialmente contra aquella parte de la colonia española vinculada al comercio de abarrotes, vinatería y ultramarinos; también contra los comerciantes españoles dedicados al giro de cantinas y, presumiblemente, al comercio de importación y exportación.

A diferencia de la hispanofobia presente en el discurso cívico y patriótico del 16 de septiembre, donde la agresión verbal se desbordaba contra la figura del conquistador¹⁵, en la hispanofobia callejera de la celebración anual de la Independencia el antagonismo se dirigía contra la colonia española en México. Más directamente, contra la figura del comerciante en sentido amplio: el dueño de la tienda, el prestamista, el dueño de cantina, etc. Si se piensa en el clásico insulto proferido el día patrio, «¡viva México, abajo los gachupines!», no hay que descartar de esta lista de agredidos a la generalidad de los miembros de la colonia española en la ciudad de México y en general del país. Pero de la información recogida en las crónicas periodísticas, los que destacan como más afectados en sus personas y negocios son los comerciantes. Pedro Pérez Herrero ha mostrado que en la ciudad de México, justamente para los años de 1890, el comercio era el ramo que más inmigrantes españoles absorbía, pues de un total de 2.139 ibéricos residentes en el Distrito Federal, considerados por los censos de la época dentro del rango de la población económicamente activa, los comerciantes constituían el 87,04% que correspondía a 1.404 individuos. Según este autor, los comerciantes españoles de la ciudad de México llegaron a captar el 49% del comercio de ultramarinos de la ciudad y su área circunvecina¹⁶. El comerciante español tenía

¹⁴ El comunicado de la Embajada en Archivo Histórico de la Embajada de España en México. Microfilm Colmex, r. 41, c. 231, leg., 1, núm. 16. El artículo de prensa en *El Correo Español*, 23-IX-1893, núm. 1002.

¹⁵ Al respecto véase GRANADOS GARCÍA [4], p. 142 y ss.

¹⁶ Un perfil de los comerciantes españoles en la ciudad de México se puede leer en PEDRO PÉREZ HERRERO, «Algunas hipótesis de trabajo sobre la inmigración española a México: los comerciantes», Clara E. LIDA (coord.), *Tres aspectos de la presencia española en México durante el porfiriato*, México, El Colegio de México, 1981, pp. 101-173. En apoyo a los datos proporcionados por Pérez Herrero, Óscar FLORES TORRES, *Revolución mexicana y diplomacia española. Contrarrevolución y oligarquía hispana en México, 1909-1920*, México, Inehrm, 1995, p. 46, afirma que para 1910 la mayoría de las casas de empeño y préstamo, «tiendas de raya» y cantinas en la ciudad de

fama de agiotista, de especular con el precio, el peso y la medida de los productos, así como de acaparar los alimentos. En este sentido *El Correo Español* se quejaba de que su colega *El Universal* opinara que los españoles tenían la culpa de algunos de los males que aquejaban a la sociedad mexicana: «Que sube un centavo más de lo común y corriente el precio del café, los gachupines conspiran contra el pueblo; que el azúcar se elevó en el mercado al mismo tiempo que se elevaban los impuestos, los gachupines son unos ladrones; que se nos vende una cuarta de manta por una vara, los gachupines son unos salteadores del camino real». Por su parte, Carlos de Olaguíbel y Arista, un publicista de la época, muy cercano a la colonia española, autor de artículos de prensa en los que se exaltaba la presencia española en México, decía que la práctica de conseguir pequeños créditos de prestamistas españoles, a cambio de efectos en prenda, muy común por la época en estudio, «es [la] que originó el odio más enconado de las clases populares hacia los españoles»¹⁷.

Pero, ¿por qué la hispanofobia presente en la celebración del día de la Independencia se ensañaba especialmente contra los españoles vinculados con el comercio de la ciudad? En primer lugar habría que señalar que, en términos generales, la xenofobia y su corolario, la hispanofobia, aparecidas cíclicamente en las fiestas patrias, se debe inscribir en las viejas antipatías que algunos sectores sociales tenían contra el español. En parte éstas se habían ido creando y alimentando en razón de la memoria histórica mexicana a propósito de la leyenda negra sobre la conquista y, también, de los abusos cometidos por la administración virreinal. Pero además de esta explicación, fundada en las representaciones colectivas que un determinado grupo hace del «otro», sin duda, otra causa tiene que ver con las relaciones sociales que en el ámbito de la economía se establecieron entre la colonia española en México y sus empleados mexicanos. Veamos brevemente este aspecto, para profundizar más adelante el caso de la hispanofobia septembrina del día patrio.

Tanto en el campo, como en la ciudad, españoles y mexicanos se vieron vinculados en relaciones de tipo laboral; por esta vía, las antipatías mutuas entre unos y otros fueron un constante caldo de cultivo, al menos durante toda la segunda mitad del siglo XIX. En su estudio sobre la xenofobia recíproca entre españoles y mexicanos en el ámbito rural, Romana Falcón afirma que es importante considerar una de las ocupaciones más generalizadas entre los residentes españoles en México: la de administrador de haciendas. Como hipótesis, Falcón afirma

México estaban en manos de españoles. Por su parte, Carlos ILLADES, «Introducción» a *México y España durante la Revolución Mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, p. 16, señala que en México, los comerciantes españoles formaban parte de un poderoso y rico grupo social al sobrevenir la revolución.

¹⁷ *El Correo Español*, 8-X-1893, núm. 1015 y, Olaguíbel, citado por PÉREZ HERRERO [16], p. 128. En relación con este perfil del comerciante español y sus implicaciones con la hispanofobia véase Tomás PÉREZ VEJO, «La conspiración gachupina en *El Hijo del Ahuizote*», Carlos PEREA, *Teorías de la conspiración*, México, Publicaciones Cruz O.S.A. [en prensa].

que las tensiones entre los españoles y los trabajadores rurales mexicanos, especialmente indígenas, se originaron por el papel desempeñado por cada uno de estos actores sociales en el mundo del trabajo de los cañaverales y haciendas azucareras de la Tierra Caliente. Según esta autora, estos administradores de hacienda, muchos de ellos llegados desde Cuba, estaban habituados a tratar a negros, mulatos e indios con rigor. Como bien destaca esta autora, durante el siglo XIX dichas prácticas no eran exclusivas de los administradores españoles sino que más bien eran propias del mundo rural mexicano, pero «los constantes conflictos políticos y militares en los que buen número de españoles tomaban partido, [...] así como por las mutuas percepciones y estereotipos entre los españoles y las clases bajas de México»¹⁸ contribuían a aumentar el intenso clima antigachupín.

Por su parte, Leticia Gamboa afirma que la industria textil de Puebla desarrollada durante las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX, es un «mirador privilegiado» para analizar las formas y la intensidad que adquirió en México «la etnofobia y la xenofobia» contra los españoles. Para Gamboa se trató de «un conjunto de actitudes —gestos, palabras, medidas— de recíproco rechazo, que se manifestaron por parte de obreros [mexicanos] y empleados españoles con grados variables y en tiempos diversos»¹⁹. En un razonamiento parecido al de Falcón, Gamboa intenta explicar este fenómeno a partir del análisis del tipo de relación laboral establecida entre los obreros mexicanos y los empleados españoles en las fábricas textiles de Puebla. Así, esta autora menciona una serie de razones que pudieron haber influido en la hispanofobia presente en las textileras poblanas: el maltrato proferido por los empleados textileros, en su mayoría de origen español, a los obreros mexicanos; «la parcialidad en la impartición de la justicia; la impunidad de los influyentes; las reglas unilaterales del juego obrero-patronal»; una repulsión de ciertos sectores populares mexicanos hacia el español, además del cambio político que implicó la revolución de 1910²⁰.

En suma, el desempeño de los españoles en aspectos centrales del mundo laboral rural y urbano, coadyuvaron en una imagen negativa del español en México, que muchas veces se convirtió en franca antipatía. No obstante hay que señalar que muchos de los desencuentros presentes en el mundo del trabajo entre mexicanos y españoles formaban parte de la dinámica del desarrollo capitalista al final del siglo XIX. Desde este punto de vista, hay que tener presente que, seguramente, muchos de los malos tratos proferidos por españoles en contra de traba-

¹⁸ FALCÓN [2], pp. 113-114

¹⁹ GAMBOA OJEDA [2], p. 86.

²⁰ *Ibidem*, p. 88 y ss. De acuerdo con Carlos ILLADES, «Los propietarios españoles y la Revolución mexicana», Clara E. LIDA (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 170-189, p. 172 y ss., durante la revolución los escenarios del conflicto entre españoles y mexicanos, así como de la hispanofobia, continuaron siendo los comercios, las fábricas y las haciendas.

jadores mexicanos, no sólo respondían a antagonismos entre ambos grupos, sino que también obedecían a las condiciones laborales propias de la época.

Para explicar la hispanofobia en México durante el periodo en estudio es muy importante tener en cuenta el perfil del inmigrante español. Dentro de este perfil quiero resaltar el posicionamiento que en el mundo agroexportador, comercial, empresarial, financiero y, en general, en el mundo patronal, adquirieron muchos de los españoles que arribaron a México durante la segunda mitad del siglo XIX. Tan importante resultó ser la llegada del español a la economía mexicana que Mario Cerutti ha dicho que «la actividad empresarial que desarrollaron los españoles tuvo una influencia medular en el proceso formativo de la sociedad capitalista mexicana»²¹. En este sentido era muy marcado el contraste entre los trabajadores mexicanos del campo y la ciudad y el de los grandes propietarios hispánicos.

Pero, ¿cuáles eran los móviles específicos de la hispanofobia que afloraba anualmente en la celebración de la Independencia, además de los anteriormente mencionados? Una parte de la respuesta a este interrogante puede encontrarse

²¹ Mario CERUTTI y Óscar FLORES, *Españoles en el norte de México. Proprietarios, empresarios y diplomacia (1850-1920)*. Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León – Universidad de Monterrey, 1997, p. 10. La afirmación de Cerutti y Flores complementa la hipótesis formulada en la historiografía mexicana sobre la migración española en México durante el porfiriato como una «inmigración privilegiada», al respecto véase Clara E. LIDA, «Prólogo», Clara E. LIDA, [20], pp. 13-23. LA historiografía mexicana ha realizado muchas investigaciones que sustentan la hipótesis de Lida y Cerutti en relación con el papel fundamental de los españoles en el proceso formativo de la sociedad capitalista mexicana. Al respecto véanse los siguientes estudios: para el empresariado español en el norte de México, Mario CERUTTI, «Empresarios españoles y sociedad capitalista en el norte de México (1840-1910)», Mario CERUTTI y Óscar FLORES, *Historia económica del norte de México (siglos XIX y XX). Españoles en el norte de México. Proprietarios, empresarios y diplomacia (1850-1920)*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León / Universidad de Monterrey, 1997, pp. 23-141. Para la pujante industria textil española en Puebla, Vicente LOSCERTALES GONZÁLEZ, «El empresariado español en Puebla (1880-1916). Surgimiento y crisis de un grupo de poder», *Capitales, empresarios y obreros europeos en la industrialización y sindicalización de América Latina*, Actas del sexta reunión de historiadores latinoamericanistas europeos, Estocolmo, Universidad de Estocolmo, 1983, t. II, pp. 468-492, y Leticia GAMBOA OJEDA, *Los empresarios de ayer. El grupo dominante en la industria textil de Puebla, 1906-1929*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1985. Los aportes de capital español en la constitución de los primeros grandes bancos mexicanos en Leonor LUDLOW, «El Banco Nacional Mexicano y el Banco Mercantil Mexicano: radiografía social de sus primeros accionistas, 1881-1882», *Historia Mexicana*, Vol. XXXIX, núm. 4 (156), México, 1990, pp. 979-1027 y «Empresarios y banqueros: entre el Porfiriato y la Revolución», LIDA [20], pp. 142-169; además, Carlos MARICHAL, «De la banca privada a la gran banca. Antonio Basagoiti en México y España, 1880-1911», *Historia Mexicana*, Vol. XLVIII, núm.4 (192), México, 1999, pp. 767-793. La presencia de capital español en Veracruz y Xalapa ha sido estudiada por Carmen BLÁSQUEZ DOMÍNGUEZ, «Empresarios y financieros en el puerto de Veracruz y Xalapa: 1870-1990», LIDA [20], pp. 121-14; en Michoacán el texto de Martín PÉREZ ACEVEDO, «Juan Basagoiti: un empresario vasco en Michoacán», *Siglo XIX. Cuadernos de Historia*, núm. 16, Monterrey, 1996, pp. 69-88 y en la Laguna por Mario CERUTTI, «Proprietarios y empresarios españoles en la Laguna, 1870-1910», *Historia Mexicana*, Vol. XLVIII, núm. 4 (192), México, 1999, pp. 825-870.

además, en las percepciones y visiones que tanto el español tenía del mexicano como a su vez, el mexicano del español. Aquí adopto la propuesta según la cual, al preguntarnos por la percepción que el nativo mexicano tuvo del inmigrante español y la que éste tuvo de quienes lo acogieron o rechazaron, se debe «profundizar más en los elementos subjetivos en ambos grupos y en la necesidad de explorar los imaginarios y las mentalidades en juego, así como plantearnos los mecanismos y los límites del fenómeno de aculturación en el caso de las migraciones, y las complejas relaciones de etnicidades encontradas.»²² Si bien explorar los mecanismos y los límites de la aculturación en el caso de la inmigración española sobrepasa los límites de este trabajo, es indudable que al analizar la hispanofobia en México, salen a relucir las percepciones, los imaginarios y mentalidades que españoles y mexicanos tuvieron unos de otros. En la hispanofobia que afloraba cíclicamente durante las fiestas de la Independencia sólo cuento con la visión y percepción de quien recibía el agravio, el español; en cambio son muy fragmentarios los datos sobre el punto de vista del agresor, el llamado «el pueblo bajo».

No obstante, a continuación establezco algunos elementos que permiten tener una visión muy general de la representación que las clases populares tenían de la colonia española durante la fiesta de la Independencia, aunque esta visión surge de fuentes producidas por «los de arriba», la colonia española, y no por «los de abajo». Después de establecidos estos parámetros, pasaré a analizar la percepción que los españoles en la ciudad de México tuvieron de su contraparte, aquel sector de las clases populares que expresaron violentamente su hispanofobia.

2. LA VISIÓN MEXICANA DEL «OTRO»²³ ESPAÑOL

La conmemoración del día patrio, al menos durante una buena parte de la segunda mitad del siglo XIX, era una fiesta propicia para que el pueblo mexicano afirmara su patriotismo frente al extranjero, particularmente contra el español. Indudablemente que este patriotismo contribuyó para que la hispanofobia fuera penetrando la conciencia de una buena parte del pueblo mexicano a lo largo del

²² LIDA [1], p. 95.

²³ Tzvetan TODOROV, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI Editores, 1989, p. 13, señala que el descubrimiento que el «yo» hace del «otro», «es un tema inmenso». Entre las múltiples posibilidades que ofrece esta materia, Todorov contempla el del «otro», «como un grupo social concreto al que nosotros no pertenecemos.» Este autor señala que ese grupo puede «estar en el interior de la sociedad: las mujeres para los hombres, los ricos para los pobres, los locos para los «normales», los indios para los mestizos, los indios para los «científicos» o, los indios para una clase dirigente. Todorov afirma que ese «otro» también puede ser exterior a la sociedad, es decir, otra sociedad. Como se sabe este último caso es el que estudia Todorov, cuando analiza el «descubrimiento» de las sociedades precolombinas por parte de la sociedad europea del siglo XVI y viceversa. También es el caso que se estudia en este artículo, esto es, la representación mental que una parte de los mexicanos se hizo de la colonia de españoles en México y al revés.

siglo XIX. En algunas de las crónicas en las que se comentaba esta celebración anual, el patriotismo, convertido en nacionalismo, apareció muchas veces como impulsor de la hispanofobia. Según esas crónicas los insultos y las agresiones contra España y sus nacionales, eran producto en buena parte de los efectos del alcohol y del espíritu patriótico con los que doblemente se embriagaba el pueblo mexicano. Así, muchas de las ofensas hispanóforas fueron catalogadas como producto de la «fiebre del más exagerado patriotismo»; otras se calificaron de «patriotismo insensato» o, como «alarde de patriotismo»; otras como llevadas a cabo por «achispados patriotereros» u «hombres ebrios de pulque y de patriotismo»²⁴. Según estas fuentes poco adeptas a la conducta antiespañola, el patriotismo y las agresiones contra el peninsular se combinaban para que aflorara la xenofobia y la hispanofobia en las fiestas patrias.

Si bien es cierto que el patriotismo y las antipatías contra la colonia española aparecían en medio del ambiente festivo y, muy seguramente, como producto del alcohol consumido, debemos pensar que uno y otra surgían también por una cierta incitación de aquellos personajes encargados de pronunciar el discurso cívico-patriótico de celebración de la Independencia, o por la exhortación de algún periódico radical. Esto último fue el caso de un agresivo editorial de *El Diario del Hogar*, en el que se solicitó del presidente de la República la expulsión de «los extranjeros que les pegaron a las infelices mujeres que trabajaban en El Modelo», fábrica de cigarrillos de propietarios españoles; más aún, replicó *El Correo Español*, editorial escrito «en este día solemnísimo [de la Independencia], para concitar los odios de cierta clase de pueblo contra nuestros compatriotas de El Modelo»²⁵.

Las crónicas de la prensa sobre las fiestas de la Independencia registraban con frecuencia la antipatía que diferentes sectores populares expresaban hacia el español, pero no se detenían en señalar los fundamentos de este sentimiento popular y, menos a cuestionar su propia visión negativa sobre los mexicanos. *El Correo Español*, por ejemplo, decía en su relato de 1890 que la «grosera chusma impulsada por el huracán de las pasiones desenfrenadas»²⁶, había llegado a agredir a Sabino Villa, español propietario de una cantina. Un año después el diario españolista hizo un llamado para que desaparecieran «los odios si aún existen para nosotros»²⁷. En otra crónica, *El Correo Español* criticó un artículo aparecido en *El Diario del Hogar* por considerarlo antiespañol, «por cuanto en él se deja

²⁴ *El Correo Español*, 19-IX-1890, no. 120; *El Universal*, citado por *El Correo Español*, 20-IX-1890, no. 121; *El Correo Español*, 16-IX-1891, no. 406; *El Monitor Republicano*, citado por *El Correo Español*, 20-IX-1890, no. 121; *El Correo Español* 23-IX-1893, no. 1002, respectivamente.

²⁵ *El Correo Español*, 16-IX-1891, no. 46, las cursivas en el original. La información sobre el incidente de la fábrica de El Modelo es muy fragmentaria, pero muy posiblemente se inscriba dentro del tipo de conflicto estudiado por Leticia Gamboa Ojeda para las fábricas textiles de Puebla.

²⁶ *El Correo Español*, 19-IX-1890, no. 120.

²⁷ *Ibidem*, 1891, no. 406.

ver el odio refinado que este periódico conserva para con España y para con cuantos llevan el honrado nombre de españoles»²⁸.

El Diario del Hogar, en cambio, al menos intentó dar dos tipos de explicación sobre el origen de esos sentimientos. La primera se puede ubicar dentro de la memoria histórica colectiva mexicana sobre la presencia española en México, calificada como nefasta para el país. En alusión a los «asesinatos», «miserias» y «vergüenzas» sufridas por el pueblo mexicano durante el período colonial, *El Diario del Hogar* decía que habían pasado ochenta y un años de aquellos padecimientos, pero que pasarían «ochenta siglos antes de que el pueblo mexicano» olvidara tales hechos. La otra explicación dada por este periódico a la hispanofobia del mexicano hacia el español se inscribe en el clima hostil hacia el español desarrollado a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, debido a su poderío económico y a los conflictos con trabajadores y gente del pueblo. Para explicar esto, *El Diario del Hogar* traía a colación el incidente ya mencionado de la fábrica de cigarrillos El Modelo, y decía que la «conservación del odio, más que al pueblo mexicano, se debe a los mismos españoles que con actos reprobados para con nuestro pueblo, avivan aquéllas llagas pútridas y gangrenosas [las miserias y vergüenzas]. Allí tenemos un hecho vivo [el suceso de El Modelo] que no dejará de explicar muy eficazmente el odio que el pueblo tiene a los españoles»²⁹.

Para resumir, la hispanofobia que afloraba anualmente en la celebración de la Independencia obedeció en mucho a la representación que algunos sectores populares se hicieron del inmigrante español. En esta percepción del «otro» influyeron factores subjetivos como el resentimiento hacia los españoles, igualmente, los escritos de ciertos periódicos declaradamente antiespañolistas y los discursos patrióticos de la época. Desde otra perspectiva historiográfica, Illades señala que el anti-españolismo popular formaba parte de lo que George Rudé ha llamado la «ideología inherente» de la multitud, del bagaje cultural de las masas urbanas y agrarias. Para Illades, en la Revolución, esta ideología inherente del pueblo «tomó elementos del liberalismo decimonónico, profundamente contrario a los españoles y a lo español. A los españoles se les asoció con el legado colonial; los mexicanos los consideraban portadores de una cultura que pretendían rechazar»³⁰.

Como contraparte a la visión que cierto sector mexicano tenía del inmigrante español, a continuación analizo la percepción que el español en México tuvo del

²⁸ *El Correo Español*, 18-IX-1891, no. 407.

²⁹ Citado por *El Correo Español*, 18-IX-1891, no. 407.

³⁰ ILLADES [10], p. 57. Para dar claridad al punto de vista de este autor es bueno definir los límites de la «ideología inherente» establecida por Rudé: «... esta ideología inherente ¿a dónde puede llevar por sí sola a los que protestan? Puede empujarlos a la huelga, a protagonizar disturbios pidiendo alimentos o rebeliones campesinas (con o sin éxito); e incluso a tomar conciencia de la necesidad de un cambio radical (lo que los historiadores franceses denominan una *prise de conscience*); pero es evidente que no puede llevarlos a la revolución, ni siquiera en calidad de satélites de la burguesía».

«pueblo bajo» mexicano, en el entendido de que las percepciones mutuas no sólo contribuyeron a crear y recrear un rechazo recíproco, sino que sirven al estudioso para comprender mejor la complejidad de estas relaciones y de los antagonismos que suscitaban. Si bien la colonia española en México fue objeto de la hispanofobia, los ibéricos en México también desarrollaron una fuerte etnofobia contra el pueblo bajo mexicano.

3. LA VISIÓN ESPAÑOLA DEL «OTRO» MEXICANO

Tanto para México, Romana Falcón, como para la Argentina, Clara E. Lida, han sabido ubicar de manera general la problemática en la cual se insertaban las visiones que el inmigrante español en América tenía de ciertos sectores sociales del país receptor. Los estudios de estas investigadoras coinciden en señalar que las visiones españolas sobre determinados grupos sociales de la sociedad mexicana y argentina del siglo XIX, estaban mediadas por el debate sobre la superioridad de la raza blanca sobre las demás; la dicotomía entre civilización y barbarie y entre lo tradicional y lo moderno³¹ y, como concepto que quizás engloba todos estos problemas, la etnicidad, que de acuerdo con Lida, «fue un factor dominante en este encuentro [de españoles y gauchos argentinos], no sólo con sus acercamientos y asimilaciones, sino también con sus enfrentamientos culturales, sus antagónicas valoraciones de la realidad, su conflictiva sociabilidad, sus metas irreconciliables y el radical desconocimiento y rechazo mutuos»³².

Ante los ataques que a sus personas y bienes profería una parte de los sectores populares durante las fiestas patrias, la colonia española a través de uno de sus voceros, *El Correo Español*, devolvió las «pedradas» al «pueblo bajo» calificándolo de «pobre pueblo», ignorante y bárbaro. Aquí es importante resaltar que la hispanofobia del mexicano tuvo su contraparte en lo que podríamos llamar la indofobia del español. Una indofobia que alcanzó altos niveles racistas y de desprecio a las comunidades indígenas. En esta parte del estudio me interesa resaltar esa indofobia que en buena parte se canalizó y concretó en la manera como el español llamaba y concebía al «pueblo bajo»³³. Hay que destacar que la visión que el español en México tuvo del «pueblo bajo», fue compartida con otros sectores influyentes de la sociedad porfiriana. Tanto las élites en el poder como los miembros de la comunidad científica, particularmente antropólogos, etnólogos, sociólogos y juristas, pensaban que ciertos caracteres presentes en los indígenas «deberían ser modificados para que la educación y las transformaciones econó-

³¹ FALCÓN [2], capítulo II. LIDA [1], véase el apéndice.

³² LIDA [1], p. 149.

³³ Un texto contemporáneo a la época en estudio en el que se puede apreciar claramente la indofobia del español hacia el «pueblo bajo» mexicano, es el de COSMES [12].

micas pudieran ejercer una influencia verdadera y perdurable en el largo plazo»³⁴. Esta percepción compartida del «otro», en buena parte se sustentaba en las teorías racialistas muy en boga por la época, entre otras, el darwinismo social y el positivismo³⁵. Pero también, como lo muestro más adelante, en lo que por la época se tenían como los valores de la civilidad y la civilización occidental.

La percepción que el español residente en México tenía del «otro», específicamente de aquella parte de la sociedad mexicana que se expresaba violentamente durante las fiestas de la Independencia, la proporcionan las crónicas periodísticas que reseñaban estos eventos. Por lo general, después de la celebración septembrina de las efemérides patrias, la prensa de la ciudad de México registraba los actos hispanofóbicos cometidos contra la colonia española. En las crónicas en las que se reseñaban estos actos de violencia callejera, destaca la manera como se calificaba a los actores sociales que participaban en estos incidentes. *El Correo Español*, *El Universal* y *El Monitor Republicano* entre otros periódicos de la ciudad de México, estigmatizaron a quienes cometían actos de violencia, con epítetos como: *el populacho*, *la turba*, *la grosera chusma*, *gavilla de beodos*, *grupo alevoso de descamisados*, *el pueblo inculto*, *léperos de levita*, *chusma frenética*, *las masas ignorantes*, *pueblo bajo*, *horda de salvajes*, *achispados patrioterros* e *indio de calzoncillo de manta*³⁶. Estas visiones sobre el «pueblo bajo» que tenía parte de la prensa local y que compartían otros grupos influyentes de la sociedad porfiriana, se inscriben dentro de una corriente liberal que percibía la ignorancia del «pueblo bajo», identificada con una cierta cultura contestataria, desbordada y anárquica, como una herencia colonial. En opinión de Margarita Pacheco, estas percepciones sobre lo que constituía una parte del pueblo «evidenciaba —para las clases dirigentes— las costumbres, los hábitos, las creencias y el sentir de la *canalla*»³⁷.

En septiembre de 1890, *El Universal* afirmaba que encontraba «indecoroso, sumamente contrario a los deberes sociales [...] el proceder de algunos descamisados que se aprovechan de estos días de expansión para abusar y cometer faltas

³⁴ URÍAS HORCASITAS [12], p. 11.

³⁵ Esta perspectiva de análisis en GRANADOS GARCÍA [4], cap. VI, apartado II: «El debate en torno a la «raza»: barbarie indígena o civilización latina», p. 351 y ss.

³⁶ Por vía de ejemplo, véase la crónica de *El Correo Español* del 18 de septiembre de 1890, no. 119, titulada «Pedradas» y, en este mismo periódico, el editorial «Excesos Patrióticos», del 19 del mismo mes y año, no. 120.

³⁷ Margarita PACHECO, *La fiesta liberal en Cali*, Cali, Universidad del Valle, 1992, p. 58. Este estudio constituye un interesante análisis de la forma en que liberales románticos y conservadores percibieron al «pueblo bajo» de la ciudad colombiana de Cali a mediados del siglo XIX. De acuerdo con Pacheco, en el discurso liberal romántico, el pueblo, «parecía reflejar el proceso mediante el cual se había hecho posible la estigmatización de aquella vieja identidad de plebe o vil canalla, herencia del antiguo régimen, para permitir el surgimiento de mayorías o ciudadanos con identidad social y política». De acuerdo con Pacheco, para los conservadores, la categoría pueblo, «connotaba aquella «generalidad» que se presumía condición necesaria para pensar la sociedad moderna, una categoría política que simbolizara el advenimiento de la república», p. 81.

que repugnan el buen sentido». Para *El Universal*, «los léperos» que participaban en estos actos, «no merecen el dictado de ciudadano en una República democrática, y parecen más bien salvajes que rechazan la civilización y son incapaces de comprender las ideas progresistas de la época y de inspirarse en sentimientos nobles y generosos»³⁸. *El Correo Español* criticó también los desmanes que producía «el populacho» en medio de la fiesta septembrina, a la vez que realizaba una apología de la Independencia mexicana: «[cuando] los pueblos solemnizan los triunfos de la democracia y celebran las glorias de su emancipación política, cuando honran a sus mártires y conmemoran el recuerdo de sus libertadores, esos pueblos demuestran plenamente su amor a la libertad y su elevada idea de la patria.» Y afirmaba: «No vemos, pues, ni encontramos razones fundamentales para que ese día se nos insulte, ni se pretenda hacer alarde de patriotismos, lanzando mueras al viento, poco cultos y epítetos que dan una idea muy pobre de quienes los pronuncian». Con esto denunciaba la actitud de algunos mexicanos que, según ese periódico, pensaban que con la Independencia, y justamente en su celebración anual, habían obtenido «el derecho al insulto, al atropello y a la calumnia»³⁹. En otro de sus editoriales, *El Correo Español* calificó los desmanes septembrinos cometidos por el «pueblo bajo», como producto de la «ignorancia injustificada, hija de una pasión anticivilizadora», «actos de barbarie de un populacho que podía seguir el ejemplo de quienes se avergüenzan con semejantes espectáculos»⁴⁰. En alusión a los hechos violentos del día patrio, e insistiendo en la idea de que eran producto de la ignorancia, en otro editorial del diario españolista se afirmó, con abierta etnofobia: «¡Qué sabe de civilización el indio de calzoncillo de manta!»⁴¹.

Frente a la hispanofobia septembrina expresada en los disturbios y agresiones contra la colonia española, *El Correo Español* y otros periódicos, contraatacaban a los mexicanos que agredían a los peninsulares y, a la vez, contestaban con un discurso que exaltaba la patria, la democracia, la convivencia, la confraternidad y el progreso; en una palabra, lo que ellos consideraban civilidad. En el fondo de este discurso estaba presente la idea de que si con la Independencia México había entrado en el concierto de las naciones modernas, no se concebía entonces que justamente cuando se celebraba tan significativo momento, una parte del pueblo se desbordara en insultos contra los españoles. Esto, en el decir de muchos representantes de la elite mexicana, y no solamente de los miembros de la colonia española, iba en contrasentido de un pueblo civilizado, culto, democrático e integrado por ciudadanos. En los conflictos existentes entre la colonia española y ciertos sectores mexicanos ocurridos durante los días patrios, según *El Correo Español* surgía una tensión entre la civilización y la barbarie que se manifestaba en los siguientes términos:

³⁸ Citado por *El Correo Español*, 20-IX-1890, no. 121.

³⁹ *Ibidem*, 16-IX-1891, no. 406.

⁴⁰ *Ibidem*, 18-IX-1891, no. 407.

⁴¹ *Ibidem*, 23-IX-1893, no. 1002.

Aquí [en México] como en todas partes hay elementos contrarios al buen sentido y a la cultura que siempre estarán dispuestos a perturbar la marcha tranquila de la sociedad en el progreso, dentro del orden. [...]

Así preparado el ánimo de la plebe, hubo de temerse, con fundamento, que en las fiestas patrióticas que acaban de pasar, se entregara aquella a manifestaciones antiespañolas que en esta época, a los ochenta años de terminados los sucesos que en su sazón podría disculparlos, son una injuria a la cultura del país, y que como tal las sienten y lamentan los mejicanos ilustrados⁴².

Además, en un intento por lograr la transformación de estas actitudes del «pueblo bajo», el diario españolista insistió en la necesidad de introducir en la muchedumbre hábitos mentales y sociales acordes con la civilización y el progreso. En este sentido el periódico se preguntaba «¿no hay modo de encausar las corrientes del populacho por el camino de lo que debe ser?» Su respuesta paternalista y reprobatoria era clara:

Es preciso [...] que se inculque en las masas ignorantes del pueblo que pueden llegar a tales atropellos, que ya pasó la época de consagrar víctimas en holocausto a los dioses penates y a las pasiones bastardas del odio, y que la verdadera generosidad en las fiestas cívicas consiste en el siglo de la luz y del progreso, en dar expansión a los sentimientos generosos, a la nobleza del carácter y a la fraternidad. [...] Así lo esperamos seguros de que la docilidad del pueblo falto de cultura seguirá los buenos consejos de los que sobre él ejercen influencia sabia y provechosa⁴³.

Pero ¿quiénes conformaban socialmente «la horda de salvajes» que anualmente participaba en lo que usualmente *El Correo Español* daba en llamar «excesos patrióticos?» Los actores sociales que parecen predominar en los actos hispanófobos violentos son, justamente, quienes pertenecían al mundo de la marginalidad social y económica⁴⁴ portadores de una cultura por excelencia contestataria y desordenada, que durante el siglo XIX hizo su aparición esporádica en la violencia callejera de la ciudad de México. Este pueblo que participaba en los actos de violencia septembrina en la ciudad de México, y que, como ya vimos antes, la prensa local en general caracterizaba de *descamisados*, *pueblo inculto*, *léperos*, *indio de calzoncillo de manta*, etc. era precisamente el más fuertemente criticado por la pren-

⁴² *El Correo Español*, 20-IX-1896, no. 1896.

⁴³ *Ibidem*, 19-IX-1890, no. 120. Un tono parecido se puede leer en el editorial de este periódico del 19 de septiembre de 1890 correspondiente al número 120. En esta oportunidad, frente a los ataques y mal comportamiento del «pueblo bajo», el periódico españolista reivindicó la «libertad democrática», las garantías individuales, el derecho internacional y apeló a la civildad y al Estado de derecho con el fin de dar término a los desmanes de la «chusma frenética».

⁴⁴ Para una definición de este concepto véase Clara E. LIDA, «¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX», *Historia Social*, núm. 27, Valencia, 1997, pp. 3-21.

sa local y por los grupos sociales más influyentes, en una clara confrontación que también revelaba el hondo conflicto social que permeaba la sociedad porfiriana.

CONCLUSIONES

Las visiones y las percepciones sociales que tanto españoles emigrados a México como una parte de los sectores populares mexicanos construyeron unos frente a otros, contribuyeron indudablemente a generar un clima de tensión favorable a la hispanofobia que afloraba anualmente en la celebración del día patrio, pero también, perfiló la indofobia. En el caso del «pueblo bajo» esta visión del «otro» español, traducida en hispanofobia, pasó por viejas antipatías y antagonismos alimentados, por ejemplo, por la memoria histórica colectiva mexicana sobre el período de la conquista y de la dominación española en México, pero también, por la hispanofobia de cierta prensa antiespañolista. Pero a este fenómeno contribuyó especialmente la posición que muchos españoles ocuparon en aquellas actividades económicas que demandaban un trato directo y cotidiano con el pueblo mexicano. En estos escenarios, haciendas, fábricas, cantinas, tiendas de abarrotes, tiendas de raya y establecimientos de empeño, españoles trabaron relaciones con ciertos sectores populares mexicanos muy proclives a generar conflictos, rechazos y odios mutuos. Todo esto contribuyó para que en la celebración anual de la Independencia, particularmente en la calle, la hispanofobia saliera a relucir.

En contraste, la visión que la colonia española tenía del «pueblo bajo», compartida por otros sectores influyentes de la sociedad porfiriana, se canalizó a través de la indofobia, denostación y estigmatización del «pueblo bajo» como inculto y bárbaro. Esta percepción del «otro» mexicano pasaba por una cierta mirada clasista hacia «el pobre pueblo», ignorante, bárbaro, borracho, poco preocupado por la civilidad y el progreso, pero a fin de cuentas, marginal y pobre.

Estas visiones negativas que tanto inmigrantes españoles como algunos sectores populares tuvieron unos de otros, muestran parte de la historia del los desencuentros entre estos sectores sociales. Para retomar uno de nuestros planteamientos iniciales, fueron el reflejo de irreconciliables etnicidades en conflicto.

This article analyses the opposed visions held by some popular sectors of Mexico City, as well as by a portion of members of the Spanish population, in the frame of the annual celebration of Independence, during the last decade of the XIXth Century. From the perspective of «ethnicities in conflict», the work analyses the hispanophobia and indophobia expressed by such social actors. The study is based on the chronicles of events published by Mexico City in regard to the conflicts that took place yearly, during that festivity

Key words: *Ethnicity, hispanophobia, indophobia, businessmen, popular sectors*
